

Mis placeres eran innumerables, pero difíciles de contar; solo enviaba a Andrée postales breves; ella tampoco me escribió gran cosa; estaba en las Landas, en casa de su abuela materna; montaba a caballo; se divertía mucho; no iba a volver a París hasta mediados de octubre. No pensaba muy a menudo en ella. En vacaciones casi nunca pensaba en mi vida de París.

Derramé unas lágrimas al despedirme de los álamos: me hacía mayor, me volvía sentimental. Pero en el tren me recordé cuánto me gustaban los comienzos de curso. Papá nos esperaba en el andén con su uniforme azul horizonte, decía que la guerra iba a acabar pronto. Los libros de clase parecían aún más nuevos que los otros años: eran más gruesos, más bonitos, crujían bajo los dedos y olían bien; había en el jardín del Luxemburgo un aroma conmovedor de hojas secas y hierba quemada; las señoritas me dieron efusivos besos y mis deberes de vacaciones se granjearon las máximas alabanzas; ¿por qué me sentía tan infeliz? Por las noches, después de cenar, me acomodaba en el vestíbulo, donde leía o escribía historias en un cuaderno; mis hermanas dormían, y al final del pasillo papá leía en voz alta a mamá: era uno de los mejores momentos del día. Acababa tumbada en la moqueta roja, sin hacer nada, atontada. Miraba el armario normando y el reloj de madera tallada que encerraba en su vientre dos piñas cobrizas y las tinieblas del tiempo; en la pared se abría la boca del calorífero: a través de la rejilla dorada se notaba la calidez de un soplo nauseabundo que subía de los abismos. Toda esa oscuridad y esas cosas mudas a mi alrededor me dieron miedo de repente. Oía la voz de papá; me sabía el título del libro: *Ensayo sobre la desigualdad de las razas huma-*

nas, del conde de Gobineau; el año anterior era *Los orígenes de la Francia contemporánea*, de Taine. El año siguiente empezaría otro libro y yo seguiría en el mismo sitio, entre el armario y el reloj. ¿Cuántos años, cuántas noches? ¿Vivir era eso, nada más: matar un día tras otro? ¿Iba a estar aburriéndome así hasta la muerte? Me dije que añoraba Sadernac; antes de quedarme dormida dediqué otras cuantas lágrimas a los álamos.

Dos días después supe, como un destello, la verdad. Entré en el aula Sainte-Catherine y Andrée me sonrió: yo sonreí también y le tendí la mano.

—¿Cuándo ha vuelto?

—Anoche.

Andrée me miró con cierta malicia.

—Usted estaba aquí el primer día de clase, claro.

—Sí —dije. Y añadí—: ¿Lo ha pasado bien en vacaciones?

—Muy bien. ¿Y usted?

—Muy bien.

Decíamos trivialidades, como las personas mayores, pero yo me daba cuenta de pronto, con asombro y alegría, de que el vacío de mi corazón, el sabor taciturno de mis días, no tenían sino un motivo: la ausencia de Andrée. Vivir sin ella ya no era vivir. La señorita de Villeneuve ocupó su cátedra y yo me repetí: «Sin Andrée dejo de vivir». La alegría se me trocó en angustia: pero, entonces, me pregunté, ¿qué sería de mí si se muriera? Estaría sentada en ese taburete, la directora entraría, diría con voz muy seria: «Vamos a rezar, niñas, por vuestra compañerita Andrée Gallard, a quien Dios llamó a su seno la pasada noche». ¡Bueno, pues es muy sencillo!, decidí. Me escurriría del taburete y caería muerta yo también.

La idea no me daba miedo porque nos habríamos encontrado en el acto a las puertas del cielo.

El 11 de noviembre celebramos el armisticio en la calle; la gente se besaba. Yo llevaba cuatro años rezando para que llegase ese gran día y esperaba de él pasmosas metamorfosis; me volvían al corazón recuerdos brumosos. Papá vistió de nuevo de paisano, pero no ocurrió nada más; hablaba continuamente de cierto capital del que los bolcheviques lo habían despojado; esos hombres lejanos, cuyo nombre se parecía peligrosamente al de los *boches*, parecían tener unos poderes terribles; y además, ¡cómo se había dejado manipular Foch!: tendríamos que haber llegado hasta Berlín. Papá veía tan negro el porvenir que no se atrevió a volver a abrir su agencia de negocios; encontró trabajo en una compañía de seguros, pero anunció que teníamos que moderar los gastos. Mamá despidió a Éliisa que, de todas formas, se había descarriado —salía por las noches con bomberos—, y se hizo cargo de todas las tareas domésticas; por las noches estaba de mal humor, y papá también; mis hermanas lloraban con frecuencia. A mí todo me daba lo mismo porque tenía a Andrée.

Andrée crecía y se iba haciendo más fuerte; dejé de pensar que podía morir, pero me amenazaba otro peligro: el colegio no veía con buenos ojos nuestra amistad. Andrée era una alumna brillante; si la primera de la clase seguía siendo yo, era porque ella desdénaba serlo; yo admiraba su desenvoltura sin ser capaz de imitarla. Sin embargo, Andrée había perdido el favor de las señoritas. Les parecía paradójica, irónica, orgullosa; le echaban en cara que fuera levantisca; nunca conseguían pillarla siendo abiertamente descarada porque guardaba cuidadosamente las distancias, y eso era quizá lo

que más las irritaba. Se anotaron un tanto el día de la audición de piano. La sala de festejos estaba llena: en las primeras filas, las alumnas vestidas con sus mejores galas, con bucles, tirabuzones y lazos en el pelo; detrás de ellas, las profesoras y las vigilantes, con blusa de seda y guantes blancos; al fondo, los padres y sus invitados. Andrée, disfrazada con un vestido de tafetán azul, tocó una pieza que a su madre le parecía demasiado difícil para ella y que solía destrozar en algunos compases; a mí me afectaba notar todas aquellas miradas más o menos malintencionadas clavadas en ella cuando llegó al pasaje espinoso: lo tocó sin un solo fallo y, lanzándole a su madre una mirada triunfal, le sacó la lengua. Todas las niñas se estremecieron bajo los tirabuzones; algunas madres carraspearon escandalizadas; las señoritas cruzaron miradas y la directora se puso muy encarnada. Cuando Andrée bajó de la tarima, corrió hacia su madre, que le dio un beso riéndose de tan buena gana que la señorita Vendroux no se atrevió a reñirla. Pero pocos días después se quejó a mamá de la mala influencia que Andrée ejercía sobre mí: charlábamos en clase, yo me reía con sorna y me estaba volviendo indisciplinada; habló de separarnos durante las clases, y yo me pasé angustiada una semana. A la señora Gallard, a quien le gustaba mi aplicación, no le costó convencer a mamá para que nos dejaran en paz; y como eran unas clientas estupendas, pues mamá tenía tres hijas y la señora Gallard, seis, además de mucho don de gentes, seguimos sentándonos juntas como antes.

¿Le habría dado pena a Andrée que nos impidieran vernos? Menos que a mí, seguramente. Nos llamaban «las dos inseparables» y ella me prefería a todas las demás compañe-

ras. Pero me parecía que la adoración que sentía por su madre tenía que ir en menoscabo de sus otros sentimientos. Su familia era primordial para ella, se pasaba muchos ratos entreteniendo a las pequeñas, que eran mellizas, bañando y vistiendo a esas masas de carne inciertas; le hallaba sentido a todo cuanto balbucían y a sus muecas ambiguas; las mimaba amorosamente. Y además, estaba la música, que ocupaba un lugar importante en su vida. Cuando se sentaba al piano, cuando se colocaba el violín entre el cuello y el hombro y escuchaba con recogimiento la melodía que le brotaba de los dedos, yo tenía la impresión de oír cómo se hablaba a sí misma: comparadas con ese prolongado diálogo que seguía adelante en secreto en su corazón, nuestras conversaciones se me antojaban muy pueriles. A veces, la señora Gallard, que tocaba muy bien el piano, acompañaba la pieza que Andrée interpretaba al violín, y entonces yo me sentía completamente al margen. No, nuestra amistad no le importaba tanto a Andrée como a mí, pero yo la admiraba demasiado para sufrir por eso.

Mis padres dejaron al año siguiente el piso del bulevar de Montparnasse y se mudaron a la calle de Cassette, a una vivienda exigua donde ya no tuve ni un rincón para mí sola. Andrée me invitó a que fuera a estudiar a su casa siempre que quisiera. Cada vez que entraba en su cuarto sentía tanta emoción que me daban ganas de santiguarme. Tenía encima de la cama un crucifijo con una ramita de boj; enfrente, una santa Ana de Da Vinci; en la repisa de la chimenea, un retrato de la señora Gallard y una foto de la mansión de Béthary; en unos estantes, la biblioteca personal de Andrée: *Don Quijote*, los *Viajes de Gulliver*, *Eugénie Grandet* o la novela de *Tristán e*

*Isolda*, de la que se sabía párrafos de memoria; solían gustarle los libros realistas o satíricos: su predilección por esa epopeya amorosa me desconcertaba. Yo buscaba respuestas ansiosamente en las paredes y los objetos que rodeaban a Andrée. Me habría gustado entender qué se decía a sí misma cuando paseaba el arco por las cuerdas del violín. Me habría gustado saber por qué, con tantos afectos en el corazón, tantas ocupaciones y tantos dones, tenía con frecuencia una expresión ausente y que me parecía melancólica. Era muy piadosa. Cuando yo iba a rezar a la capilla, a veces me la encontraba de rodillas al pie del altar con la cabeza entre las manos o con los brazos abiertos delante de una de las estaciones del viacrucis. ¿Tendría pensado entrar más adelante en una religión? Sin embargo, sentía mucho apego por su libertad y las alegrías de este mundo. Le brillaban los ojos cuando me contaba sus vacaciones: pasaba horas cabalgando por los bosques de pinos, arañándose la cara con las ramas bajas, y nadaba en las aguas quietas de los estanques y en las rápidas aguas del Adur. ¿Estaría soñando con ese paraíso cuando se quedaba quieta delante de los cuadernos, con la mirada perdida? Un día se dio cuenta de que la estaba observando y se rio, apurada.

—¿Le parece que estoy perdiendo el tiempo?

—¿A mí? De ninguna manera.

Andrée me miró atentamente con expresión un tanto socarrona.

—¿Usted nunca se queda soñando con cosas?

—No —dije humildemente.

¿Con qué iba a soñar? Quería a Andrée por encima de todo y la tenía a mi lado.

No soñaba, me sabía siempre las lecciones y me interesaba todo; Andrée se reía un poco de mí; se reía más o menos de todo el mundo; yo aceptaba con buen humor sus burlas. Una vez, sin embargo, me hirieron mucho. Aquel año, de forma excepcional, pasé las vacaciones de Pascua en Sadernac. Descubrí la primavera y quedé deslumbrada. Me senté a una mesa del jardín, delante de unas hojas en blanco, y estuve dos horas describiéndole a Andrée la hierba nueva cuajada de junquillos y primulas, el aroma de las glicinias, el azul del cielo y los magnos arrebatos de mi alma. No me contestó. Cuando volví a verla en el vestuario del colegio, le pregunté con tono de reproche:

—¿Por qué no me ha escrito? ¿No recibió mi carta?

—Sí que la recibí —dijo Andrée.

—¿Pues es una vaga redomada! —dije.

Andrée se echó a reír.

—Creí que me había mandado por equivocación los deberes de vacaciones...

Noté que me ruborizaba.

—¿Un deber?

—¡Vamos, no creo que se pusiera tan literata solo para mí! —dijo Andrée—. Estoy segura de que es el borrador de una redacción: «Describe la primavera».

—No —dije—. Desde luego que era mala literatura, pero escribí esa carta solo para usted.

Las hermanas Boulard se acercaban, curiosas y charlatanas, y lo dejamos ahí. Pero en clase me armé un lío con la explicación de latín. A Andrée mi carta le había parecido ridícula y me daba mucha pena; pero ante todo Andrée no sospechaba cuánto necesitaba yo compartirlo todo con

ella; eso era lo que más me desconsolaba: acababa de darme cuenta de que mi amiga no tenía ni idea de lo que sentía por ella.

Salimos juntas del colegio: mamá ya había dejado de acompañarme y yo solía volver con Andrée; de pronto, me cogió por el codo: era un gesto insólito, siempre guardábamos las distancias.

—Sylvie, siento lo que le he dicho hace un rato —dijo en un arranque—; era pura maldad: sé muy bien que su carta no eran unos deberes de vacaciones.

—Supongo que era ridícula —dije.

—¡Ni mucho menos! La verdad es que estaba de un humor malísimo el día en que la recibí, ¡y usted parecía tan jovial!

—¿Por qué estaba de mal humor? —pregunté.

Andrée se quedó callada un momento.

—Porque sí, por nada; por todo.

Titubeó.

—Estoy cansada de ser una niña —dijo de repente—. ¿No le parece que esto no se acaba nunca?

La miré asombrada; Andrée tenía mucha más libertad que yo; y yo, aunque mi casa no fuera muy alegre, no deseaba de ninguna manera hacerme mayor. Pensar que ya tenía trece años me asustaba.

—No —dije—. La vida de las personas mayores me parece de lo más monótona; todos los días son iguales, ya no se aprende nada...

—Uy, pero en la existencia no solo cuentan los estudios —dijo Andrée, impaciente.

Me habría gustado protestar: «No solo están los estudios: está usted». Pero cambiamos de tema. Me decía, desvalida: en

los libros, la gente se hace declaraciones de amor y de odio, se atreve a contar todo lo que siente su corazón; ¿por qué no es posible en la vida? Yo me pasaría andando dos días y dos noches, sin comer ni beber, para ver a Andrée una hora o para ahorrarle una pena, ¡y ella no lo sabe!

Estuve unos cuantos días rumiando tristemente esos pensamientos hasta que tuve una idea luminosa: le haría un regalo a Andrée por su cumpleaños.

Los padres son imprevisibles; a mamá, mis iniciativas solían parecerle absurdas a priori; a la idea de ese regalo le dio el visto bueno. Decidí confeccionar con un patrón de *La Mode pratique* un bolso que sería el colmo del lujo. Escogí una seda roja y azul, brochada de oro, gruesa y tornasolada, que me parecía tan hermosa como un cuento. La monté en un armazón de mimbre que fabriqué personalmente. Aborrecía coser, pero me lo tomé tan a pecho que, una vez terminado, el bolsito tenía en verdad una apariencia estupenda con su forro de satén rojo cereza y sus fuelles. Lo envolví en papel de seda y lo coloqué en una caja de cartón que até con un lazo. El día en que Andrée cumplía trece años, mamá fue conmigo a la merienda de celebración; ya había gente y me sentí intimidada al alargarle la caja a Andrée.

—Es por su cumpleaños —dije. Me miró sorprendida, y añadí—: Lo he hecho yo.

Sacó del envoltorio el bolsito rutilante y se le ruborizaron un poco las mejillas.

—¡Sylvie! ¡Es una maravilla! ¡Qué amable es!

Me pareció que si nuestras madres no hubieran estado presentes, me habría dado un beso.

—Da también las gracias a la señora Lepage —dijo la señora Gallard con su afable voz—. Porque seguramente todo el trabajo le habrá tocado a ella...

—Gracias, señora Lepage —dijo escuetamente Andrée. Y me volvió a sonreír con expresión emocionada.

Mientras mamá protestaba sin mucho empeño, noté cierto vacío en el estómago. Acababa de caer en la cuenta de que a la señora Gallard yo ya no le caía bien.